

viene mas que á los santos; sino solamente con un resplandor luminoso al derredor de la cabeza.

Su imágen no puede exponerse en la Iglesia. Para ésto se necesitaria indulto de la Silla Apostólica; y en ese caso, no se colocaria en el altar, sino en los muros del templo.

Cuando por indulto se obtiene celebrar misa por un bienaventurado, entonces se permite exponer su imágen en el altar, y suspenderla *ex voto*.

Está prohibido trogelar medallas con la efigie del bienaventurado, y por lo mismo, ellas no pueden bendecirse ni indulgenciarse.

Es necesario indulto particular para dedicar un altar á un bienaventurado; y esta concesion no importa la del oficio, ó de la misa; para cuyas cosas se requieren iguales concesiones.

El permiso del culto, solo á él se refiere, y no á la recitacion del oficio.

La concesion hecha á un lugar no se extiende á otro; ni la fiesta puede celebrarse sin indulto particular.

La misa no puede celebrarse mas que por aquellos en favor de los cuales se dió el indulto.

El nombre de los bienaventurados, no debe ponerse en el calendario.

Está prohibido invocar al bienaventurado en las oraciones públicas.

Nunca sus reliquias podrán ser

llevadas en las procesiones, ni exponerse, sino es por indulto particular, como el del oficio y la misa.

Los regulares que gozan de los privilegios de su orden, no pueden, en virtud de ellos, celebrar la misa, ni recitar el oficio de un bienaventurado perteneciente á su orden, ni tampoco pueden levantarle altar en su propia catedral.

Sin indulto particular, tampoco podrá ser titular de alguna Iglesia un bienaventurado. En caso de una infraccion, es urgente reemplazarle con otro santo canonizado.

Con doble motivo se necesita del indulto para que un bienaventurado sea patron de una ciudad, de una provincia, ó de un reino; y en caso que se conceda, el oficio será doble y de primera clase, y con *Credo* en la misa. Generalmente así se otorga.

### INTERESANTE.

Se ha hecho una edicion separada de los "Recuerdos de la pasion existentes en en Roma," en pequeños cuadernos, que se expenden á seis centavos el ejemplar, en el despacho de esta imprenta.

# COLECCION

DE

## Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Pargá.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 3. Guadalajara, Octubre 22 de 1880. Num. 6.

### SECCION I.

#### Disposiciones generales de la Iglesia.

#### CARTA-ENCICLICA.

**de nuestro Santísimo Padre Leon XIII á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del orbe católico, que conservan la gracia y comunión con la silla apostólica.**

Venerables hermanos: salud y bendicion apostólica.

El hijo Unigénito del Eterno Padre, que apareció sobre la tierra para traer al humano linaje la salvacion y la luz de la divina sabiduría, hizo ciertamente un grande y admirable beneficio al mundo, cuando habiendo de subir nuevamente á los cielos, mandó á los apóstoles *que fuesen á enseñar á todas las gentes*, y dejó á la Iglesia por Él fundada por comun y suprema maestra de los pueblos. Pues los hombres, á quien la verdad habia libertado, debian ser conservados por la verdad, y ni hubieran durado por largo tiempo los

frutos de las celestiales doctrinas, por las que adquirió el hombre la salud, si Cristo nuestro Señor no hubiese constituido un magisterio perenne para instruir los entendimientos en la fé. Pero la Iglesia, ora animada con las promesas de su divino Autor, ora imitando su caridad, de tal suerte cumplió sus preceptos, que tuvo siempre por mira y fué su principal deseo enseñar la religion y luchar perpetuamente con los errores. A esto tienden los diligentes trabajos de cada uno de los obispos, á esto las leyes y decretos promulgados en los concilios, y en especial la cotidiana solicitud de los Romanos Pontífices, á quienes como sucesores en el primado del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, pertenecen el derecho y la obligacion de enseñar y confirmar á sus hermanos en la fé. Mas como segun el aviso del Apóstol, *por la filosofia y vana falacia* suelen ser engañadas las mentes de los fieles cristianos, y es corrompida la sinceridad de la fé en los hombres, los supremos Pastores de la Iglesia, siempre juzgaron ser propio de su mision, promover con todas sus fuerzas las

si arrebatados á los enemigos en defensa de la filosofía cristiana, y en perjuicio de la supersticion.

Y el mismo modo de disputar alaban y aprueban en Basilio el Grande ya Gregorio Naciaceno, ya Gregorio Niseno, y Jerónimo le recomienda grandemente en Cuadrato, discípulo de los Apóstoles, en Aristides, en Justino, en Ireneo y otros muchos. Y Agustin dice: *¿No vemos con cuánto oro y plata y con qué vestidos salió cargado de Egipto Cipriano, doctor suavísimo y mártir beatísimo? ¿Con cuánto Lactancio? ¿Con cuánto Vitorino Optato, Hilario? Y para no hablar de los vivos, ¿con cuánto innumerables griegos?* Verdaderamente, si la razon natural dió tan ópima semilla de doctrina ántes de ser fecundada con la virtud de Cristo, mucho más abundante la producirá, ciertamente, despues que la gracia del Salvador restauró y enriqueció las fuerzas naturales de la humana mente. ¿Y quién no vé que con este modo de filosofar se abre un camino llano y practicable á la fé?

No se circunscribe, no obstante, dentro de estos límites la utilidad que dimana de aquella manera de filosofar. Y realmente las páginas de la divina sabiduría reprimen gravemente la necesidad de aquellos hombres que de los bienes que se ven, no supieron conocer al que Es, ni considerando las obras reconocieran quién fuese su arífice. Así, en primer lugar, el grande y excelentísimo fruto que se recoge de la razon humana es el demostrar

que hay un Dios: *pues por la grandeza de la hermosura y de la criatura, se podrá, á las claras, venir en conocimiento del Criador de ellas.* Despues demuestra (la razon) que Dios sobresale singularmente por la reunion de todas las perfecciones: primero, por la infinita sabiduría, á la cual jamas puede ocultarse cosa alguna, y por la suma justicia, á la cual nunca puede vencer afecto alguno perverso; por lo mismo que Dios no solo es veraz, sino tambien la misma verdad, incapaz de engañar y de engañarse. De lo cual se sigue clarísimamente, que la razon humana granjea á la palabra de Dios plenísima fé y autoridad. Igualmente la razon declara que la doctrina evangélica brilló aun desde su origen por ciertos prodigios, como argumentos ciertos de la verdad, y que, por lo tanto, todos los que creen en el Évangelio no creen temerariamente, como si siguiesen doctas fábulas, sino que con un obsequio del todo racional, sujetan su inteligencia y su juicio, á la divina autoridad. Entiéndase que no es de menor precio el que la razon ponga de manifiesto que la Iglesia instituida por Cristo, como estableció el Concilio Vaticano, *por su admirable propagacion, éximia santidad é inagotable fecundidad en todas las regiones, por la unidad católica é invencible estabilidad, es un grande y perenne motivo de credibilidad, y testimonio irrefragable de su divina mision.*

Puestos así estos solidísimos fundamentos, todavía se requiere un uso

perpetuo y múltiple de la filosofía, para que la sagrada teología tome y vista la naturaleza, hábito é índole de verdadera ciencia. En ésta, la más noble de todas las ciencias, es grandemente necesario que las muchas y diversas partes de las celestiales doctrinas se reunan como en un cuerpo, para que cada una de ellas, convenientemente dispuesta en su lugar, y deducida de sus propios principios, esté relacionada con las demás por una cohecion oportuna; y por último, que todas y cada una de ellas, se confirmen con sus propios é invencibles argumentos. Ni se ha de pasar en silencio, ó estimar en poco, aquel más diligente y abundante conocimiento de las cosas que se creen, y la inteligencia un poco más clara en lo posible de los mismos misterios de la fé, inteligencia que Agustin y otros Santos Padres alabaron y procuraron conseguir, y que el mismo Concilio Vaticano juzgó fructuosísima; y ciertamente conseguirán más perfecta y fácilmente este conocimiento y esta inteligencia aquellos que, con la integridad de la vida y el amor á la fé, reunan un ingenio adornado con las ciencias filosóficas, especialmente enseñando el Sínodo Vaticano que esta misma inteligencia de los sagrados dogmas conviene tomarla, *ya de la analogía de las cosas que naturalmente se conocen, ya del enlace de los mismos misterios entre sí y con el fin último del hombre.*

Por último, tambien pertenece á las ciencias filosóficas defender religiosamente las verdades enseñadas por re-

velacion y resistir á los que se atrevan á impugnarlas. Bajo este respecto es grande alabanza de la filosofía el ser considerada baluarte de la fé y como firme defensa de la religion. Como atestigua Clemente Alejandrino, *es por sí misma perfecta la doctrina del Salvador y de ninguno necesita, siendo virtud y sabiduría de Dios. La filosofía griega que se le unió no hace más poderosa la verdad; pero haciendo débiles los argumentos de los sofistas contra aquella, y rechazando las engañosas asechanzas contra la misma, fué llamada oportuna cerca y vallado de la viña.* Ciertamente, así como los enemigos del nombre de Cristo, para pelear contra la religion, toman muchas veces de la razon filosófica sus instrumentos bélicos, así los defensores de las ciencias divinas toman del arsenal de la filosofía muchas cosas con qué poder defender los dogmas revelados. Ni se ha de juzgar que obtenga pequeño triunfo la fé cristiana, porque las armas de los adversarios, preparadas por arte de la humana razon para hacer daño, sean rechazadas poderosamente por la misma humana razon.

Esta especie de religioso combate fué usado por el mismo Apóstol de las gentes, como lo recuerda San Jerónimo escribiendo á Magno: *Pablo, capitán del ejército cristiano, es orador invicto; defendiendo la causa de Cristo, hace servir con arte una inscripcion fortuita para argumento de la fé; habia aprendido del verdadero David á arrancar la espada de manos de los*

enemigos, y á cortar la cabeza del soberbio Goliath con su espada. Y la misma Iglesia, no solamente aconseja, sino que tambien manda que los doctores católicos pidan este auxilio á la filosofía. Pues el Concilio Lateranense V, despues de establecer *que toda asercion contraria á la verdad de la fé revelada es completamente falsa, porque la verdad jamas se opuso á la verdad*, manda á los doctores de la filosofía que se ocupen diligentemente en resolver los engañosos argumentos; pues, como textifica Agustino: *si se dá una razon contra la autoridad de las Divinas Escrituras, por más aguda que sea, engañará con la semejanza de verdad; pero no puede ser verdadera.*

Empero, para que la filosofía pueda prestar estos preciosos frutos que hemos mencionado, es indispensable que no se separe jamás de aquella senda que nos ha abierto la venerable antigüedad de los Padres, y que confirmó el Concilio Vaticano, con el solemne voto de su antigüedad.

Siendo absolutamente cierto que deben recibirse muchas verdades del orden sobrenatural que superan muchísimo la fuerza de cualquier ingenio, la razon humana, sabedora de su propia flaqueza, no se atreva á pretender mayores conocimientos, ni á negar las mismas verdades, ó medirlas con su propia fuerza ó interpretarlas á su antojo, sino que más bien las reciba con fé plena y humilde, y tenga á grande honor el que, á manera de criada y de-

pendiente, se le permita servir á las enseñanzas celestiales y llegar á ellas de alguna manera por el beneficio de Dios.

Más de aquellos principios de las ciencias que la humana inteligencia puede percibir naturalmente, justo es, en verdad, que la filosofía se aproveche de su método y sus principios y argumentos, pero no de tal manera que parezca sustraerse audazmente de la autoridad divina, ántes bien, siendo constante que aquello que conocemos por la revelacion goce de verdad infalible, y que lo que se opone á la fé repugne igualmente á la recta razon, sepa el filósofo católico que violará los derechos católicos de la fé juntamente con los de la razon, si abraza alguna condicion que entienda ser contraria á las doctrinas reveladas.

Sabemos, ciertamente, que no faltan quienes, ensalzando más de lo justo las facultades de la naturaleza humana, pretenden que la inteligencia del hombre, cuando una vez se somete á la autoridad divina, decae de su nativa dignidad, y que al oprimirla como un yugo de servidumbre, se retrasa mucho y se impide que progrese hasta la cumbre de la verdad y de la excelencia.

Pero ésto está lleno de error y falsedad, y solo tiende á que los hombres, con suma estolidez y no sin crimen de ingratos, rechacen las verdades más sublimes y desechen voluntariamente el beneficio divino de la fé, de la cual han emanado las fuentes de todo bien, aún para la sociedad civil. Porque

hallándose la mente humana encerrada en ciertos límites, y éstos bastante estrechos, está espuesta á muchos errores y á ignorar muchas cosas.

Por el contrario, la fé cristiana, apoyándose en la autoridad de Dios, es maestra ciertísima de verdad: el que sigue á la cual, ni se vé enredado en los lazos de los errores, ni agitado por el oleaje de opiniones inciertas. Por lo cual, los que unen el estudio de la filosofía con el obsequio á la fé cristiana, estos filosofan rectamente, puesto que el resplandor de las verdades divinas, acogido en el ánimo, ayuda á la misma inteligencia, á quien no solamente nada rebaja de su dignidad, sino que le añade muchísima nobleza, sagacidad y firmeza.

Y cuando dirigen las fuentes de su ingenio á refutar las opiniones que repugnan á la fé y á probar las que convienen con ellas, ejercitan digna y muy útilmente la razon; pues que en las primeras descubren las causas del error y conocen el vicio de los argumentos que en ellos se apoyan, mas en éstas últimas se aprovechan de las razones con que sólidamente se demuestran y á cualquier hombre prudente se persuade.

Pero el que niegue que en esta industria hay ejercicio, se aumentan las fuerzas y se desarrollan las facultades de la mente, preciso es que sostenga absurdamente que la diferencia entre lo verdadero y lo falso, en nada conduce al progreso del ingenio.

Con razon, pues, el Concilio Vatica-

no, recuerda en estas palabras, los ilustres beneficios que adquiere la razon por medio de la fé. La fé liberta y defiende á la razon de los errores, y la adorna de muchísimos conocimientos. Y por ésto, al hombre si fuera cuerdo, no se le habia de culpar la fé como enemiga de la razon y de las verdades naturales, sino más bien deberia dar gracias á Dios, y alegrarse sobremanera, de que, entre las muchas causas de ignorancia y en medio de las oleadas de errores, haya amanecido para él la fé sacratísima, que, como un astro amigo, muestra sin miedo alguno de errar el puerto de la verdad.

Y si, venerables hermanos, volveis los ojos á la historia de la filosofía, hallareis comprobado con el hecho mismo, todo cuanto poco ántes hemos dicho. Porque ciertamente, entre los filósofos antiguos que carecieron del beneficio de la fé, aun los que se tenían por más sabios, erraron torpísimamente en muchas cosas.

Pues sabeis entre algunas verdades, cuántas falsedades y absurdos dijeron muchas veces; cuántas cosas inciertas y dudosas enseñaron acerca de la verdadera nocion de la Divinidad, del primer origen de las cosas, del gobierno del mundo, del conocimiento divino de las cosas futuras, de la causa y origen de los males, del altísimo fin del hombre, y de la eterna bienaventuranza de las virtudes y vicios, y de otras muchas enseñanzas cuyo conocimiento verda-

ciencias que merecen tal nombre, y á la vez, proveer con singular vigilancia para que las ciencias humanas se enseñasen en todas partes, segun la regla de la fé católica, y en especial la filosofía, de la cual, depende en gran parte la recta enseñanza de las demas ciencias. Ya Nos, venerables hermanos, os advertimos brevemente entre otras cosas, esto mismo, cuando por primera vez nos hemos dirigido á vosotros por Cartas-Encíclicas; pero ahora por la gravedad del asunto y la condicion de los tiempos, nos vemos compelidos por segunda vez á tratar con vosotros, de establecer para los estudios filosóficos, un método que, no solo corresponda perfectamente al bien de la fé, sino que esté conforme con la misma dignidad de las ciencias humanas.

Si alguno fija la consideracion en la acerbidad de nuestros tiempos, y abraza con el pensamiento la condicion de las cosas que pública y privadamente se ejecutan, descubrirá sin duda que la causa fecunda de los males, tanto de aquellos que hoy nos oprimen como de los que tememos, consiste en que los perversos principios sobre las cosas divinas y humanas emanados, hace tiempo de las escuelas de los filósofos, se han introducido en todos los órdenes de la sociedad, recibidos por el comun sufragio de muchos. Pues siendo natural al hombre, que en el obrar tenga á la razon por guía, si en algo falta la inteligencia, fácilmente cae tambien en lo mismo la voluntad; y así acontece

que la perversidad de las opiniones, cuyo asiento está en la inteligencia, influye en las acciones humanas y las pervierte. Por el contrario, si está sano el entendimiento del hombre y se apoya firmemente en sólidos y verdaderos principios, producirá muchos beneficios de pública y privada utilidad. Ciertamente no atribuimos tal fuerza y autoridad á la filosofía humana, que la creamos suficiente para rechazar y arrancar todos los errores; pues así como cuando al principio fué instituida la religion cristiana, el mundo tuvo la dicha de ser restituido á su dignidad primitiva, mediante la luz admirable de la fé, no con las persuasivas palabras de la humana sabiduría, sino con la manifestacion del espíritu y de la virtud, así tambien al presente debe esperarse, principalmente del omnipotente poder de Dios y de su auxilio, que las inteligencias de los hombres, disipadas las tinieblas del error, vuelvan á la verdad. Pero no se han de despreciar ni posponer los auxilios naturales, que por beneficio de la divina sabiduría, que dispone fuerte y suavemente de todas las cosas, están á disposicion del género humano; entre cuyos auxilios consta ser el principal el recto uso de la filosofía. No en vano imprimió Dios en la mente humana la luz de la razon, y ésta dista tanto de apagar ó disminuir la añadida luz de la fé, la virtud de la inteligencia, que ántes bien la perfecciona, y aumentadas sus fuerzas la hace hábil para mayores empresas. Pide, pues, el orden de la misma Pro-

videncia que se pida apoyo áun á la ciencia humana al llamar á los pueblos á la fé y á la salud; industria plausible y sábia, que los monumentos de la antigüedad atestiguan haber sido practicada por los preclarísimos Padres de la Iglesia. Estos acostumbraron ocupar la razon en muchos é importantes oficios, todos los que comprendió brevísimamente el grande Agustino, atribuyendo á esta ciencia..... aquello con que la fé salubérrima..... se engendra, se nutre, se defiende, se consolida.

En primer lugar, la filosofía, si se emplea debidamente por los sábios, puede allanar y facilitar de algun modo el camino á la verdadera fé y preparar convenientemente los ánimos de sus alumnos á recibir la revelacion; por lo cual, no sin justicia fué llamada por los antiguos, ora *previa institucion á la fé cristiana*, ora *preludio y auxilio del cristianismo*, ora *pedagogo del Evangelio*.

Y en verdad, nuestro benignísimo Dios, en lo que toca á las cosas divinas, no nos manifestó solamente aquellas verdades para cuyo conocimiento es insuficiente la humana inteligencia, sino que manifestó tambien algunas no del todo inaccesibles á la razon, para que, sobreviniendo la autoridad de Dios, al punto, y sin ninguna mezcla de error, se hiciesen á todos manifiestas. De aquí que los mismos sabios, iluminados tan solo por la razon natural, hayan conocido, demostrado y defendido con argumentos convenientes, algunas

verdades que, ó se proponen como objeto de fé divina, ó están unidas por ciertos estrechísimos lazos con la doctrina de la fé. *Porque las cosas de él invisibles, se ven despues de la creacion del mundo, consideradas por las obras criadas, por su sempiterna virtud y divinidad, y las gentes que no tienen la ley....* sin embargo, muestran la obra de la ley escrita en sus corazones. Es, pues, sumamente oportuno que estas verdades, aun reconocidas por los mismos sábios paganos, se conviertan en provecho y utilidad de la doctrina revelada, para que, en efecto, se manifieste que tambien la humana sabiduría y el mismo testimonio de los adversarios favorecen á la fé cristiana. Cuyo modo de obrar consta que no ha sido recientemente introducido, sino que es antiguo, y fué usado muchas veces por los Santos Padres de la Iglesia. Aún más: éstos venerables testigos y custodios de las tradiciones religiosas, reconocen cierta norma en esto, y hay casi una figura en el hecho de los hebreos que, al tiempo de salir de Egipto, recibieron el mandato de llevar consigo los vasos de oro y plata de los egipcios, para que cambiando repentinamente su uso, sirviese á la religion del Dios verdadero aquella vajilla, que antes habia servido para ritos ignominiosos y para la supersticion. Gregorio Neocesarensis alaba á Orígenes, porque convirtió con admirable destreza, muchos conocimientos tomados ingeniosamente de las máximas de los infieles, como dardos ea-